

Al día siguiente, en la sesión extraordinaria que se celebró en la «British Academy» para celebrar el tercer centenario del Quijote, el Señor Jacobo Fitzmaurice Kelly, después de haber indicado las diferentes ocasiones en que en el drama y la literatura inglesa se alude á frases del Quijote, y citar el hermoso pasaje de Lord Byron cuando dice en su «Don Juan» que Adeline y Rowe

studied Spanish,

To read Don Quixote in the original,

A pleasure before which all others vanish

(¡un poeta como Lord Byron tenía que saborear ese placer de leer el Don Quijote en el idioma

de Meléndez Valdés; «Don Quichotte de la Mancha», dos partes, de Querín de Bouscal (en francés); «Sancho Panza», de Du Fresny (en francés); «Le curieux Impertinent», de Brosse; el mismo, de Detouches; «Sancho Panza Gouverneur», de Daincourt. Á la nota del barón Schack añadiré, como resultado de mis investigaciones sobre la materia: «Der irrende Ritter Don Quixote», de Ph. Förtsch; «Don Quixote im Mohrengebirge», de Müller; «Am Hofe der Herzogin», del mismo; «Don Quixote», de Soden (en la colección «Schauspiele», vol. I); «Don Quixote», de Schack; «Don Quixote der Zweite», ópera de Tittersdorff; «Don Quixote», ópera romántico-cómica de Hensler; «Der verliebte Don Quixote», de Bode (en sus Burlescas); «Don Quixote und Sancho Panza, oder Die Hochzeit des Camacho», zarzuela de Klingemann.

original!), concluye diciendo: «He demostrado que Inglaterra fué el primer país extranjero en hablar de Don Quijote, el primero en traducir el libro; el primer país de Europa en presentarlo decentemente en su lengua natal, el primero en indicar dónde nació el autor, el primero en escribir su biografía, el primero en hacer un comentario sobre Don Quijote, el primero en presentar una edición crítica del texto.... He demostrado que durante tres siglos la literatura inglesa rebosa de alusiones relativas á las creaciones del genio de Cervantes, que los novelistas ingleses de más renombre se encuentran entre sus discípulos, y que los poetas ingleses, los dramaturgos, *scholars* y críticos, que no están de acuerdo en nada, se muestran unánimes y acordes en su admiración por el gran escritor. Hay una constante corriente de simpatía y admiración que rodea su nombre, el consentimiento profundo de todos los grandes hombres, de que es más grande que ellos.

BUSCABA yo el motivo de por qué Inglaterra había sido el primer país en conocer y traducir á Don Quijote, y creí al pronto que sería porque la reina María, primera mujer de Felipe II, era inglesa; reflexioné un poco, y desde luego me convencí de que no podía ser lo que yo había pensado, toda vez que la reina María no estuvo nunca en España, y murió mucho antes de aparecer el Quijote; la primera vez que se oyó el nombre de Cervantes fué con ocasión de los versos que compuso á la muerte de la segunda mujer de Felipe II, Isabel de Valois. Sin embargo, «busquemos la mujer», me decía yo á mí misma, hasta que con gran alegría, lo confieso, leí en el discurso de Fitzmaurice Kelly: «Podemos decir que había poco conocimiento práctico de la literatura española en Inglaterra hasta el principio del siglo XVI, cuando al año siguiente de la publicación del 'Amadís de Gaula', Enrique VIII se casó con Catalina de Aragón. Literatos españoles

visitaron en aquella época las universidades de Londres y Oxford, y aunque, como sucedió con Vives, puedan haber censurado algunos de los libros más populares de España en aquel tiempo, el trato con ellos tenía naturalmente que despertar interés por conocer la literatura de su país.... De este modo se preparó el terreno para Cervantes.»

Pasó por Inglaterra una infanta de España hace muchos años, y todavía se nota. Abundando en este género de ideas dice también Martín Hume, en sus Conferencias sobre la literatura española y su influencia en Inglaterra, que en el siglo XVII Francia se impregnó de modas españolas, debido á la regencia de Ana de Austria, y especialmente á que Luis XIV á su vez se casó con una infanta española. La atmósfera de hispanismo que en aquella época se respiraba, inspiró, según su opinión, el Cid á Pedro Corneille.

Al ir buscando á Don Quijote fuera de España, he tenido el consuelo de encontrar las huellas de las infantas que murieron lejos del país en que nacieron, y ver que también así sirvieron á la patria. Se me perdonará fácilmente que

haga constar este hecho histórico. Al efectuarlo no ha estado en mi ánimo aminorar en nada el merecido éxito que en Francia lo mismo que en Inglaterra y en todos los países ha tenido el Quijote. Soy la primera en reconocer que el aprecio y general estima en que todos los pueblos han tenido y tienen esta obra, no es resultado de determinados acontecimientos políticos ó sociales, sino natural consecuencia de las profundas ideas, de las bellísimas imágenes, del encantador lenguaje, del hondo sentir y pensar, que llenan las páginas del libro de Cervantes. Don Quijote es un libro que conmueve y deleita, habla al alma. Con razón dijo Don Modesto Lafuente, que Cervantes acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos. ¿Por qué? Martín Hume nos lo dice: «Porque toca los eternos resortes primitivos del sentimiento humano; porque su humorismo es universal y de todos los tiempos, como la filosofía de Shakespeare.» — «Cervantes», dice en otro lugar, «escribe con gracia y donaire, porque piensa y ve claro. Mas, unida á su alegría se ve entre líneas una

tolerancia y un gran optimismo; la manera como procura no condenar á nadie, prueba que su corazón estaba tan sano como su cabeza. Un cervantista muy instruído dice con razón que hay seiscientos sesenta y cinco personajes en Don Quijote, y que entre todos ellos no hay un carácter completamente malo ó despreciable.» Está uno tan cansado de los tipos que nos presenta la literatura moderna, que hace provecho engolfarse de nuevo en el Quijote.

Yo me estoy proporcionando esa satisfacción en honor del centenario, y paso buenísimos ratos. Y confieso que esta ocupación tiene para mí deleites inefables, y que me divierte, como me divierte todo lo que de alguna manera puede recordarme las peripecias y escenas de Don Quijote. Los que por primera vez entran en mis habitaciones, notan en seguida las simpatías y el cariño que siento por el caballero de la triste figura. De la pared de mi cuarto cuelga un cuadro de Moreno Carbonero, representando la segunda salida de Don Quijote; detrás de él va «Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca». El arte con que Moreno Carbonero pinta el aire de nuestra tierra, nos lo hace

respirar, y á veces casi lo reemplaza. Para sujetar los papeles sobre mi mesa de trabajo, tengo dos bronce, que debo, como el cuadro, al cariño con que mi hermana Isabel me envía todo lo que sabe regocija á un corazón español. Están tomados de las ilustraciones de Gustavo Doré: Sancho Panza sobre el rucio, con los brazos levantados al cielo, gritando: «Vuélvase vuestra merced, señor Don Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas lo que va á embestir. Vuélvase; ¡desdichado del padre que me engendró! ¿qué locura es ésta? Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados: ¿qué es lo que hace?» Pero Don Quijote, sobre un Rocinante que la elegancia francesa ha transformado en un caballo inglés de raza, «lanza en ristre», exclama: «Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos, veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de la Trapobana»; y aunque me da mucha lástima verle alancear á las pobres ovejas, no puedo menos de

sonreírme al recordar la escena, y pensar qué diría Cervantes, cuya fantasía saca de dos rebaños de ovejas los cuadros más vivos y llena seis páginas con las frases más castizas y sonoras que se pueden oír, si se le pusiera delante uno de esos libros modernos con tantos puntos suspensivos y tanto papel blanco. Se comprende fácilmente que el Quijote siga siendo siempre el alimento de los amantes de las bellezas literarias.

Siento tentaciones de ocuparme de las innumerables imitaciones que del Quijote se han hecho en todas las lenguas; pero vale más no hablar de ellas, porque á los imitadores de Cervantes les ha pasado como á los que en música han querido imitar á Wagner, ó á Fortuny en la pintura.

Cervantes es inimitable; primero por la naturaleza intrínseca de su ingenio peregrino, y después, ¿por qué negar que las circunstancias que rodean á un hombre influyen poderosamente en las producciones de su espíritu? Heine lo reconoce así cuando al hablar de Cervantes dice: «La grandeza política de España en aquel tiempo no podía menos de elevar y ensanchar el espíritu

de sus escritores. En los pensamientos de un poeta español no se ponía el sol, como en el imperio de Carlos V.» Jorge Ticknor, en su Historia de la literatura española, al demostrar la velocidad con que Don Quijote se apoderó del mundo, dice que en los diez primeros años tuvo ya ocho ediciones. Ni Shakespeare, Milton, Racine y Moliere pudieran decir otro tanto. Después de un estudio muy detallado acerca de la obra de Cervantes, concluye con estas interesantes palabras: «La enumeración de las ediciones y traducciones no da idea de la fama del Quijote. Hay miles de miles de personas que no lo han leído nunca ni saben quién es Cervantes, y sin embargo hablan todos los días de Don Quijote y Sancho.» Eso mismo me había contestado hace poco un venezolano á quien pregunté si en su tierra conocían el Quijote. «No hay un indio que no le conozca», fueron sus palabras; y al querer saber desde cuándo, añadió: «Cuando vinieron los frailes trajeron el catecismo y el Quijote.» Lo cual prueba que el Quijote se encuentra también en los conventos; un capuchino alemán muy serio me contaba que lo había leído después de

hacerse fraile, con tanto gusto, que había acabado el libro en unos días y comprendía que se entusiasmará uno con él.

El mundo entero se inclina estos días con respeto ante la memoria de ese Cervantes, de quien Walter Scott confiesa haber aprendido á escribir ficción en esas novelas que Goethe llama un tesoro de delicias. La carta que dirigió al conde de Lemos al dedicarle los Trabajos de Pésiles y Sigismunda, á la cual ha dado después de tres siglos su descendiente el duque de Alba la contestación más hermosa que se podía dar¹, es su mejor oración fúnebre: «Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir;... pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos.» ¡Así dejan la tierra las almas grandes!

Tengo una especial satisfacción en copiar el epitafio siguiente:

¹ El duque de Alba, como conde de Lemos, ha dado cien mil pesetas para que se otorgue cada tres años un premio á algún escritor pobre.

Don Francisco de Urbina á Miguel de Cervantes, insigne y cristiano ingenio de nuestros tiempos, á quien llevaron los Terceros de San Francisco á enterrar con la cara descubierta, como á Tercero que era.

EPITAFIO.

Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra:
Su cuerpo cubre la tierra,
No su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
Pero su fama no es muerta,
Ni sus obras, prenda cierta
De que pudo á la partida
Desde ésta á la eterna vida
Ir la cara descubierta. —

Ya no se sabe ni dónde estuvo enterrado; «pero su fama», decimos con Martín Hume, «no necesita monumento: Don Quijote sobrevivirá al mármol, y mientras viva Don Quijote, se querrá á Cervantes, no sólo por su genio transcendental, sino también porque era muy, muy humano.»

Para Don Quijote no se ha puesto el sol.

10332

863.09
B 726b

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

NO. ADQ.
10332

NO. CLAS.
863.09
B726b

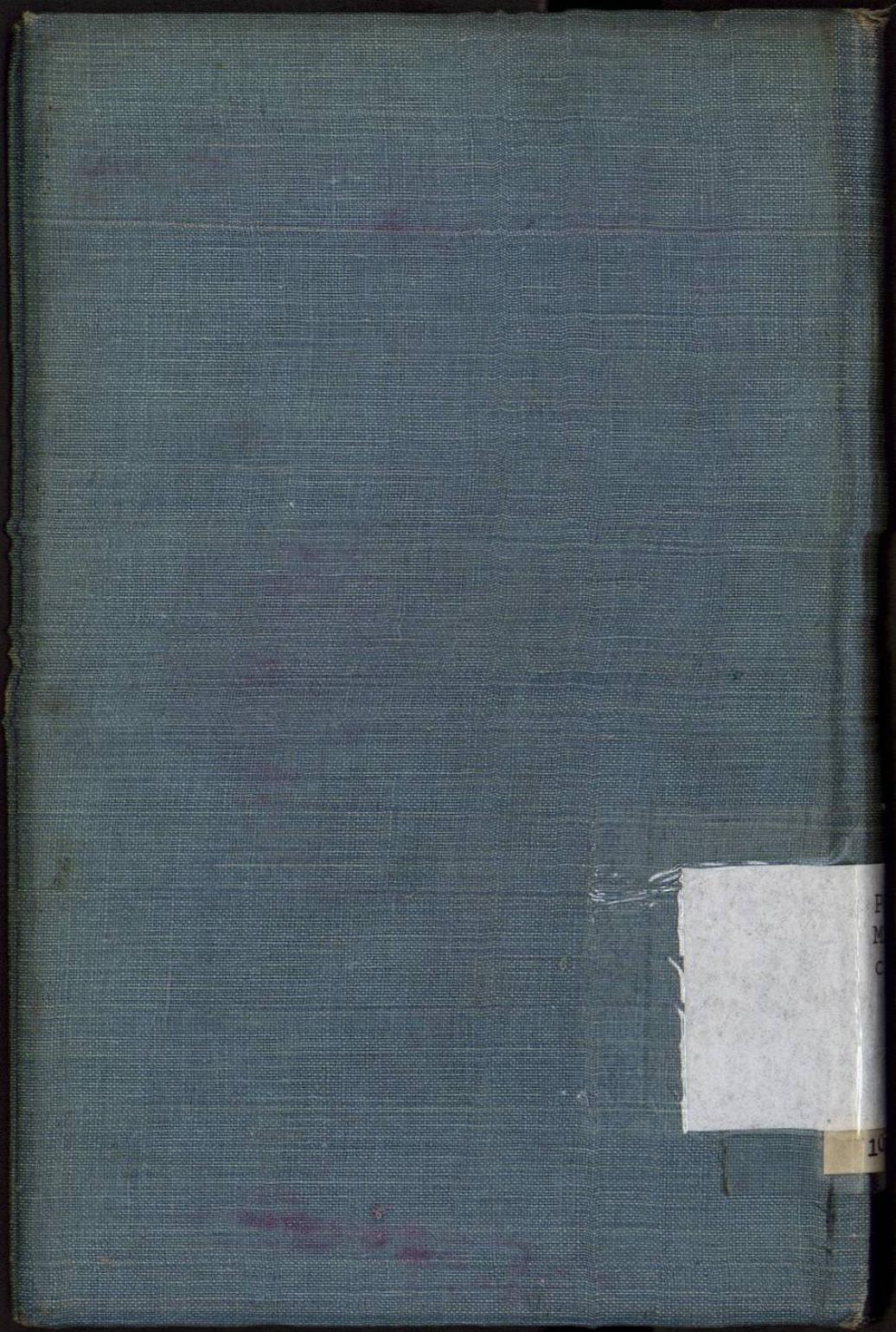
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

10332

863.09
B726b

Barbón,

Buscando las huellas de Don Quijote.



P
M
C

10